

PAPPEL

Boris y Biruta Kinstler, los abuelos letones de Linda Kinstler, el día de su boda.
GATOPARDO



EN BUSCA DE MI ABUELO GENOCIDA

Linda Kinstler, la nieta de uno de los peores agentes del Holocausto en Letonia, reconstruye su carrera en el libro de investigación 'Ven a este tribunal y llora' y desafía a los nacionalistas contemporáneos que reivindican su figura como la de un héroe incomprendido.

Por Daniel Arjona (Madrid)

PAPEL EN PORTADA

Por Daniel Arjona (Madrid)

El 25 de marzo de 1949 Boris y Viruta se casaron en Riga. Un mes más tarde, él desapareció. Apenas unos días después, las autoridades soviéticas le notificaron el suicidio de su marido. La joven Viruta estaba por entonces embarazada de cinco meses y la KGB le advirtió que no buscara el cuerpo. Pasaron 15 años. Un día de 1963, la policía secreta la citó de nuevo para hacerle una única pregunta: ¿ha tenido noticias de Boris?

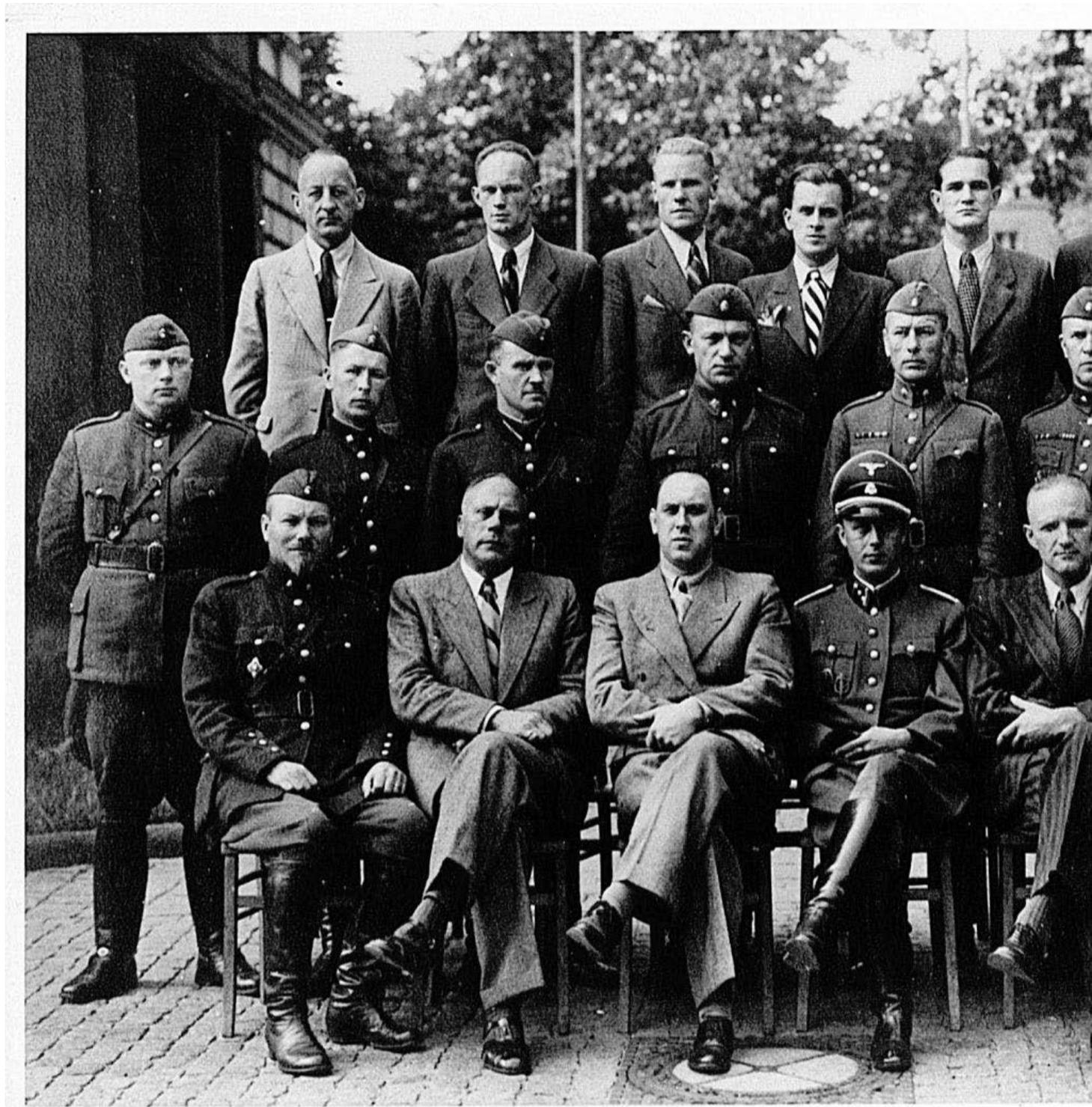
Vuelan casi 50 años más, nos hallamos en 2016. A una estudiante estadounidense que curioseaba en una librería del casco antiguo de Riga le llama la atención una novela desde la mesa de novedades. ¿Su título? *Jus Nekad Vinu Nenoglaniset* (*Nunca lo mataréis*). La mujer abre el libro y en la primera página se topa con el nombre de su desaparecido abuelo al que nunca conoció: Boris Karlovics. «No fue exactamente vértigo lo que sentí al ver su nombre, sino cierta inestabilidad, una sensación de estar en dos lugares al mismo tiempo. Fue como encontrarse con un anacronismo en carne y hueso, una especie de emboscada».

Desde ese día, Linda Kinstler (1991) se sumergió en una investigación para descubrir lo ocurrido con el padre de su padre que, como entonces ya sospechó, no iba a ser una historia con un final feliz. Boris Karlovics había formado parte de una de las asociaciones de matarifes más letales de la historia: el siniestro Kommando Arajs dirigido por Herberts Cukurs, letón como su abuelo, héroe de la aviación antes de la guerra, apodado El Carnicero de Riga durante la contienda, responsable del asesinato de decenas de miles de judíos. Cukurs logró escapar de los soviéticos en el último momento cuando enmudecieron los cañones y fue finalmente ejecutado por el Mossad en Uruguay en 1965. Fue el único nazi, pese a la leyenda, al que los servicios secretos israelíes lograron liquidar sobre el terreno.

Pero faltaba algo aún peor. En el transcurso de su investigación, la joven periodista descubrió con espanto cómo, en la actualidad, el país de sus ancestros pretende rehabilitar a los genocidas. Por si no fuera suficiente, nuevas pistas inesperadas sembraron dudas sobre el conjunto de la historia. Ahora lo cuenta todo en un libro alucinante que el lector devora entre la admiración y el malestar creciente: *Ven a este tribunal y llora: cómo acaba el Holocausto* (Gatopardo) ganó el premio Whiting de No Ficción 2023 y fue alabado por autores de renombre como Patrick Radden Keefe o Philippe Sands.

En los últimos años, una curiosa moda editorial ha llegado a las librerías. Un aluvión de títulos en los que el autor descubre tan horrorizado como entusiasmado por sus posibilidades literarias que un viejo familiar fue nazi o algo similar y perpetró crímenes abyectos. El último en llegar lo publicó el pasado año el escritor y periodista español Ricardo Dudda: *Mi padre alemán* (Asteroide). Hace unos años lo habitual eran libros escritos por víctimas supervivientes o descendientes de las víctimas. Hoy ha caído el último tabú, tal vez con un alborozo excesivo.

«La idea del libro surgió cuando me enteré de la investigación criminal en marcha en Letonia sobre la culpabilidad de Cukurs», recuerda Linda Kinstler por email. «Me parecía un caso sucesor del célebre proceso Eichmann, pero uno del que nadie había oído hablar todavía, y con importantes intereses en juego para la preservación del conocimiento sobre el Holocausto. Intenté contar lo mejor que pude la historia cronológicamente, sin adornos, con el fin de transmitir a los lectores la gravedad y la extrañeza de una situación en la que un hombre fallecido hace casi 60 años todavía podría ser un acusado penal, por así decirlo. Quería que los lectores descubrieran los hechos más o menos de la



misma manera que yo lo había hecho: con suspense, a trompicones y con sobresaltos inesperados».

Es cierto: a principios del siglo XXI la Fiscalía General de Letonia abrió una investigación penal contra un muerto. Pero su loable intención en pro de la memoria de las víctimas del carnicero de Riga desató una reacción inesperada, la de muchos letones que veían en Herberts Cukurs a un héroe de la guerra

divagaciones sobre la memoria y la justicia que hemos podido leer en los últimos años.

Y sigue dándole vueltas, como nos confiesa ahora: «Me influyó mucho la pregunta de Yosef Hayim Yerushalmi, quien se preguntó en 1987: ¿Es posible que el antónimo de olvidar no sea recordar, sino justicia? Sugería así que la memoria en sí misma es insuficiente, que no basta con confiar en los memoriales para

El Kommando Arajs aterró a Letonia. Su líder, Viktors Arajs, es el segundo por la izquierda abajo. H.S.A.

miento del pasado y advierte sobre los peligros de esa situación. El derecho, como nuestro aquí, tiene sus propios caminos hacia la negación y la eliminación. Históricamente, todas las sociedades han tenido que optar finalmente por el olvido después de que ha pasado suficiente tiempo, después de que los perpetradores fueron juzgados y sentenciados y los sobrevivientes recibieron reparaciones. El olvido natural llega con el tiempo».

El alcance de la investigación de Kinstler creció exponencialmente cuando descubrió la marea de fuerzas revisionistas y nacionalistas que en Letonia amenazaban con absolver a Cukurs de sus crímenes. Un proceso con paralelismos en otros países del mundo en tiempos de polarización política que levantaba sospechas sobre el testimonio de los sobrevivientes, poniendo en duda la verdad de los hechos que se habían establecido en Nuremberg y en otros juicios contra criminales nazis. Uno de los momentos del libro donde la comicidad y el espanto se confunden en un indigesto cóctel es cuando conocemos a Juris Millers,

“Todas las sociedades optaron por el olvido después de que los perpetradores fueron juzgados. El olvido natural llega con tiempo”

“Estamos obsesionados por lo forense: los testimonios de sobrevivientes del Holocausto ya no se consideran creíbles para su caso”

contra los soviéticos que perdieron las repúblicas bálticas durante los tres años que los alemanes las ocuparon. Aquello trastornó a Linda Kinstler y acabó reflejado en su libro en algunas de las más lúcidas

contarnos la historia del pasado o para expiar nuestros pecados. Mi libro explora cómo la justicia opera como antónimo de la memoria: cómo la ley juega un papel enorme en la regulación de nuestro conoci-



también un síntoma de nuestra nueva obsesión por el significado forense. Ahora disponemos de nuevas tecnologías que nos permiten adentrarnos cada vez más en el pasado, así como tener una visión más nítida de los crímenes en el presente. La carga de la prueba es hoy mayor que nunca. La ciencia forense cae en el dominio del procedimiento legal, no del análisis histórico: la historia siempre está siendo revisada y reescrita, pero es otra cuestión muy distinta cuando juicios legales establecidos y pruebas legales son repentinamente impugnados y socavados. Eso es lo que encontré, donde los testimonios de sobrevivientes judíos tomados inmediatamente después del Holocausto ya no se consideraban suficientemente creíbles para el caso; por supuesto, el testimonio siempre es poco confiable, pero aquí hubo un ejemplo extremo de su desestimación».

Solo en Riga vivían 40.000 judíos cuando llegaron los alemanes en 1941. En 1945 quedaban 800. Y estas cifras no incluyen los centenares de miles de asesinados allí desplazados desde toda Europa y enterrados en las masivas fosas comunes del bosque de Bikernieke. Linda Kinstler alberga pocas dudas acerca de la participación de su abuelo Boris en aquellas matanzas.

«Afortunadamente mi familia me ha apoyado mucho durante este difícil proceso. Soy descendiente tanto de víctimas como de perpetradores: los familiares de mi madre fueron asesinados en Babyn Yár, otros fueron evacuados de la Ucrania soviética a una relativa seguridad. El padre de mi padre, como descubrirán los lectores, era miembro de una *kommando* asesino antes de convertirse en espía y desaparecer. Creo que aquellos que descienden de los perpetradores

tienen la obligación moral de hacer todo lo posible para evitar que se propague una ideología de odio similar, y esto ha sido útil, en algunos casos, cuando han repudiado en voz alta a sus antepasados. Puede que la culpa no se transfiera de una generación a la siguiente, pero la obligación moral sí lo hace».

Dentro de poco tiempo, ya no quedarán siquiera supervivientes. ¿Qué haremos entonces? «Llevamos mucho tiempo preparándonos para este terrible momento y, cuando suceda, no será algo que nos coja por sorpresa. Una querida mentora mía perdió a su madre, que vivió en los campos, hace unas semanas. Los supervivientes han dejado sus testimonios y nos han dado sus lecciones de vida. Mi preocupación es que cuando llegue el momento en que ya no estén con nosotros, todavía no habremos aprendido a ser responsables de sus recuerdos ni a haber determinado cómo protegerlos de una manera que nos mantenga constantemente alerta ante la posibilidad de su mal uso. Este difícil proceso ya está en marcha y no soy optimista en cuanto a que podamos estar a la altura del desafío. Ya estamos fracasando».

Volvamos al principio: ¿por qué el KGB, que según creía Linda Kinstler había estado casi con seguridad implicado en la desaparición de su abuelo nazi, acabó pidiendo a su abuela viuda datos acerca de su paradero? Ya al final de su investigación la escritora dudaba de todo menos de la casi segura implicación de Boris en crímenes de guerra. ¿Su abuelo fue en verdad nazi? ¿Nazi solo un tiempo? ¿Tal vez espía de la KGB? No desvelaremos al lector la conclusión de un libro tan adictivo y emocionante como *Ven a este tribunal y llora*.

un aspirante a Alex Jones de tercera que llegó a estrenar un musical basado en la figura del carnicero de Riga.

Del extraño movimiento para reivindicar al carnicero de Riga participó sin ninguna duda su aparatoso asesinato. En 1961, Heberts Cukurs vivía aterrado en su apartamento en el uruguayo barrio de Shangrilá, en Ciudad de la Costa. Un año antes en Argentina, un comando del Mossad había secuestrado a Adolf Eichmann, uno de los arquitectos de la Solución Final, y Cukurs temía que él fuera el próximo. Se compró una pistola y aguardó el desenlace inevitable. Aún tuvo que esperar cuatro años. En 1965 los israelíes le encuentran y le dan dos tiros en la cabeza. Abandonan después su cadáver en un baúl y encima dejan una carpeta con el emocionante alegato de clausura de sir Hartley Shacross en los juicios de Núrenberg. La ejecución extrajudicial conmocionó a Letonia y acabó, décadas después, por activar un disparatado revisionismo del asesino.

«Creo que toda esta situación, que es realmente inquietante, es

COLOMBIA ENVÍA A SU ARMADA A POR EL TESORO DEL SAN JOSÉ

Saqueo. El Gobierno de Gustavo Petro rompe con la política compartida con España sobre la inviolabilidad del yacimiento del galeón hundido en 1698, aunque ya no nombra a los temidos socios privados

Por **Luis Alemany** (Madrid)

David Correa, el ministro de Cultura de la República de Colombia, anunció la semana pasada que su Gobierno invertirá 18.000 millones de pesos (4,25 millones de euros) en la primera campaña de extracción de materiales en los restos del galeón español San José, hundido en el siglo XVIII cerca de Cartagena de Indias, y cuya soberanía reclama el Reino de España. La Armada Colombiana se ocupará de la prospección y del rescate de los tesoros del pecio entre los meses de abril y mayo. Correa no se ha referido a la participación de empresas privadas en los trabajos.

El caso del galeón San José ha estado en la agenda informativa y diplomática desde la década de 1980. En 2013, el Congreso de Colombia afirmó su soberanía sobre los restos y abrió la puerta a la extracción de sus tesoros. El Gobierno de Juan Manuel Santos llegó a firmar un acuerdo con el cazatesoros estadounidense Roger Dooley, que había encontrado los restos del San José, para compartir al 50% el tesoro. Después Colombia rompió el contrato y ganó la demanda de Dooley en la justicia internacional.

Colombia ha reivindicado sistemáticamente el criterio de territorialidad: el San José descansa a 140 metros de su costa. España, en cambio, ha sostenido

acuerdo en preservar los restos del San José como un camposanto inviolable. En 2015, Juan Manuel Santos, se refirió al San José como «un tesoro colombiano», pero acordó con el entonces ministro español José Manuel García-Margallo explorar «fórmulas de entendimiento» para protegerlo. En 2019, ya con Pedro Sánchez en la presidencia del Gobierno de España, su ministerio de Exteriores publicó un comunicado que reiteraba la soberanía española. «Sus restos tienen la consideración de tumba submarina y no pueden ser objeto de explotación comercial», se leía en la nota, que insistía en que Colombia compartía esa interpretación final. La soberanía parecía una discusión retórica.

El escenario cambió con la victoria electoral de Gustavo Petro en verano de 2022. En noviembre pasado, el presidente de Colombia informó de que su gobierno crearía un consorcio público-privado dirigido a rescatar las riquezas del San José. Su anuncio parecía un regreso a los tiempos del acuerdo con Roger Dooley y confirmaban los temores de los abogados españoles que habían litigado en el caso Odyssey: Colombia volvía a unir sus intereses a los de los cazatesoros con el propósito de repartirse las riquezas sumergidas. La República pondría la legitimidad y la protección jurídica y el sector

privado aportaría el trabajo sucio de saquear el yacimiento. Las autoridades académicas colombianas

España considera el galeón era un buque de Estado y prioriza preservar la dignidad de los 600 muertos

siempre que le pertenece la jurisdicción sobre el barco ya que este era un buque de Estado y no una misión comercial privada. España justificaba su criterio en la Convención de la Unesco sobre el Patrimonio Subacuático, que Colombia rehusó firmar por sus intereses en el San José.

Sin embargo, la desavenencia no fue relevante durante la última década, ya que los gobiernos de Bogotá y Madrid estuvieron de

criticaron entonces el anuncio. Tres meses después, la decisión ya es firme, aunque el Gobierno de Bogotá dice que trabajará en solitario.

El galeón San José naufragó bombardeado por bugues ingleses en 1698, cuando cargaba 200 toneladas de oro, plata y piedras preciosas. 600 personas murieron aquel día. La prioridad de España ha sido preservar la dignidad de sus tumbas.